



Facultad de Psicología
UNR Universidad
Nacional de Rosario

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

CÁTEDRA T.I.F

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

Ensayo

Título: La injerencia del discurso capitalista en el lazo social

Autora: Natalia Evangelina Penco

Legajo: P-1957/7

DNI: 34.164.434

Correo electrónico: nataliapenco@hotmail.com

Docente de cursado TIF: Martin Contino

Director Graduado Responsable: Ps. Leandro Levi

Fecha de entrega: 02/03/26

AÑO: 2026

Agradecimientos

A mi familia de origen, por su ánimo y apoyo sostenidos a la distancia. A la familia que formé en Rosario - mi pareja Fede, mis amigas y amigos, y Lolo - por el aguante, el aliento constante, la presencia y la compañía en cada tramo de este recorrido. A Alicia y Dora, seres queridos que ya no están, pero que también formaron parte de este camino y dejaron una marca significativa. A mi hijo Baltazar, cuya llegada y presencia se convirtieron en mi motivación e inspiración más reciente y poderosa para cerrar esta etapa.

A mi psicóloga, Alejandra, por su acompañamiento y participación en el encausamiento de un deseo por momentos extraviado y en días angustiantes.

A la Facultad de Psicología, que fue casa de estudio y cobijo durante tantos años.

Y a mi docente tutor, Leandro, por su disposición, por saber escucharme, por escuchar con interés la propuesta de trabajo y orientarme con paciencia y claridad.

Índice

Agradecimientos.....	1
Resumen.....	3
Introducción.....	4
Breve comentario previo.....	4
Los cuatro discursos y el discurso capitalista.....	6
El totalitarismo del goce.....	10
Cuando el Otro administra la felicidad (o el mandato de ser feliz).....	19
Conclusión.....	20
Referencias bibliográficas.....	22

Resumen

El presente Trabajo Integrador Final tiene como objetivo interpretar el discurso como lazo social en un contexto atravesado por el discurso capitalista, que introduce una tensión o interrupción en dicho lazo. Para ello, se propone un análisis a partir de una obra literaria distópica que servirá como soporte para problematizar conceptos centrales del psicoanálisis. La obra seleccionada, *Un mundo feliz* de Aldous Huxley (2004), constituye el punto de referencia para examinar algunas de las implicancias del discurso capitalista en la constitución de la subjetividad contemporánea. El abordaje se realiza desde el marco teórico y epistemológico del psicoanálisis, a través de un ensayo que articula los desarrollos de Freud y Lacan con aportes de autores contemporáneos. A lo largo del recorrido teórico se analizan los efectos del discurso capitalista sobre la subjetividad, el goce y las formas de vinculación social. La lectura presente permite sostener que dicho discurso tiende a promover procesos de homogeneización, orientando a los sujetos hacia el consumo y la satisfacción inmediata, lo que debilita la dimensión del deseo y empobrece el lazo simbólico. No obstante, se concluye que el discurso capitalista no logra clausurar completamente el lazo social: incluso en contextos de masificación y tecnocratización, persisten fisuras desde las cuales puede emerger la singularidad, particularmente a través de la palabra y de prácticas que reintroducen la falta como condición del deseo.

Palabras clave

Discurso, discurso capitalista, lazo social, masa, totalitarismos.

Introducción

Aquí se tratará de abordar la injerencia del discurso capitalista en el lazo social. Según Lacan, el discurso capitalista es una mutación del discurso del amo, donde el saber se expropia y pone al servicio del consumo, obstaculizando la producción de sujetos deseantes y reduciendo al sujeto a objetos de consumo. Este ensayo analiza cómo dicho discurso afecta el lazo social y si aún es posible sostener diversas formas de relación en un contexto de masificación y homogeneización, entendiendo que: el discurso capitalista moldea dichas relaciones, favoreciendo prácticas totalizadoras e individualizantes vinculadas al consumo. A partir del análisis de la obra *Un mundo feliz* de Huxley, se explorarán las tensiones entre discurso capitalista y lazo social, abordando aspectos como la estructura del lazo social, la mercantilización de la subjetividad, la masificación y la instrumentalización del sujeto en una sociedad tecnocrática.

Los objetivos buscan indagar sobre el discurso capitalista a fin de descubrir cuáles son las operaciones, tensiones y efectos que se ponen en juego en el lazo social; interrogar si puede pensarse como una forma de vínculo social en sí mismo; profundizar en las formas totalizantes e individualizantes que el discurso capitalista imprime en los modos de relacionarse y sus implicancias en la configuración del lazo social; describir el lazo social tal como lo referencia Lacan y delimitar las formas en las que acontece bajo la lógica del discurso capitalista, identificando los mecanismos que lo sostienen; finalmente, explorar la posibilidad de lo singular en un contexto regido por el discurso capitalista, considerando la relación entre planificación social, producción de subjetividad y los márgenes de resistencia frente a la homogeneización.

Se hipotetiza que el discurso capitalista influye (pensaremos de qué manera) en el lazo social, propiciando diversas formas de relación, algunas de ellas masificadoras y totalitarias. Estas dinámicas emergen en torno a prácticas de consumo que los individuos y comunidades crean, recrean y que, a su vez, los definen social e individualmente. La ambigüedad presente en *Un mundo feliz* servirá para representar, relacionar y cuestionar las categorías de discurso capitalista y lazo social.

El discurso capitalista es clave para comprender los diversos modos de relación que se manifiestan en la sociedad. Este estudio busca contribuir al debate teórico y clínico sobre su impacto en la salud mental y en el ámbito público. Los interrogantes planteados resultan fundamentales tanto por la necesidad de reflexionar sobre la propia práctica como por los efectos discursivos que esto conlleva.

Breve comentario previo

Lo que motivó realizar este recorrido fue analizar cómo el discurso capitalista, al transformar los modos de producción y consumo, repercute en las formas de vínculo

entre los sujetos, promoviendo prácticas homogeneizantes que debilitan la dimensión del deseo y la singularidad. La pregunta que orienta el trabajo es si, en una época gobernada por la lógica del consumo, la eficiencia y el goce ilimitado, es aún posible sostener la singularidad del sujeto o si este queda capturado en dinámicas de homogeneización que borran su dimensión deseante.

El trabajo se estructura en una serie de puntualizaciones que articulan el recorrido teórico y analítico. En primer lugar, se desarrolla el marco conceptual que organiza la reflexión teórica, con foco en los cuatro discursos formulados por Lacan y en la particularidad del discurso capitalista como mutación del discurso del amo. Asimismo, se integran los aportes de Freud sobre las masas, la identificación y la alienación, junto con las conceptualizaciones de Hannah Arendt acerca de la masificación y el totalitarismo, articulando estas perspectivas con fenómenos propios de la contemporaneidad.

En un segundo momento, se analiza la obra *Un mundo feliz* (2004) como representación ficcional extrema de los efectos del discurso capitalista. Se examina la obra *Un mundo feliz* (2004) como representación literaria de una sociedad regida por dicha lógica discursiva, destacando los mecanismos de control social, la pérdida de la subjetividad y la ilusión de felicidad permanente. Se describen los mecanismos de control social, la explotación de los cuerpos, la pérdida de la intimidad, la masificación y el borramiento de la subjetividad, así como la ilusión de una felicidad perpetua sostenida por la técnica, la farmacología y la estandarización de los vínculos. La novela se presenta como un escenario privilegiado para examinar lo que cabría denominar como una *apariencia de bienestar*.

Posteriormente, se articula dicho análisis literario con diversos fenómenos actuales: la administración técnica del goce, la medicalización del malestar, la hiperproductividad, la estetización de la intimidad, la lógica del rendimiento y la producción de sujetos disponibles. Se examina cómo estas configuraciones expresan los modos contemporáneos de totalización y cómo la tecnocracia opera como una forma de dominación más sutil pero no menos eficaz que los totalitarismos clásicos.

Finalmente, el trabajo cierra recuperando los principales hallazgos teórico-clínicos. Por un lado, *Un mundo feliz* funciona como espejo amplificado de ciertas lógicas contemporáneas; por otro, el discurso capitalista se revela como un dispositivo que tiende a producir sujetos homogeneizados, administrables y orientados al goce. Sin embargo, se destaca también la presencia de fisuras y márgenes de resistencia allí donde emerge lo singular. Se sostiene que, aun dentro de un sistema que tiende a clausurar toda diferencia, la palabra, el deseo y la posibilidad del lazo -particularmente desde la experiencia analítica- permiten la reaparición del sujeto y la construcción de un lazo social plural.

un modo u otro: “Cada discurso, para Lacan, es un aparato de localización, es decir que, en lo que se refiere a la diversidad de los lazos sociales, cada uno responde a una lógica diferente”(2018,p.29).

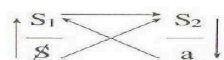
En el caso del *Discurso del Amo*, caracterizado por la figura del amo antiguo, y lo que éste guarda -autoridad y poder sobre un esclavo-, el *agente* (S1) es el significante amo, que domina al *otro* (S2), el saber. El S1 no es un significante cualquiera ya que en el lugar de agente ocupa un lugar de fijación y orientación, que al sufrir un corrimiento en el discurso capitalista, conlleva a síntomas en el lazo social, en las identificaciones y en el campo de la realidad. La *verdad* en esta forma de discurso es el *sujeto barrado* (indica la falta o división en el sujeto), y lo que se *produce* es un *objeto a* (representa la causa del deseo). Este discurso describe cómo el poder se impone y *genera conocimiento* en quien/es se hallan en posición inferior.

En el *Discurso de la Histeria*, o histérico, el *agente* es el *sujeto barrado* (\$), quien dirige su demanda hacia el *objeto a*, buscando una respuesta o satisfacción. La *verdad* es el *saber* (S2), y la *producción* es el significante amo (S1). Aquí, el sujeto busca constantemente respuestas, reafirmación, e incluso en situaciones desafía la autoridad para que ésta revele su conocimiento.

En el *Discurso Universitario* el *saber* (S2) es el *agente* y se dirige hacia el *sujeto barrado* (\$), que representa a los estudiantes o a aquellos sobre quienes se ejerce la enseñanza. La *verdad* es el significante amo (S1), y la *producción* es el objeto a. Este discurso muestra cómo las instituciones transmiten conocimiento de manera que refuerza estructuras de poder.

Finalmente, Lacan describe el *Discurso del Analista* que es el discurso del psicoanálisis. El *agente* es el *objeto a*, que actúa sobre el *sujeto barrado* (\$) para que éste pueda alcanzar el *saber* (S2), que es la *producción*. La *verdad* aquí es el *significante amo* (S1). Este discurso refleja la posición del analista, quien facilita que el analizante acceda a su propio saber. Eso ocurriría a través de la pérdida de ese objeto a, pérdida de la ilusión, pérdida de *la felicidad* tal como se ofrece publicitaria y comercialmente, para poder arribar a una nueva verdad subjetiva (acorde al deseo del sujeto).

A continuación las *figuras del discurso*:



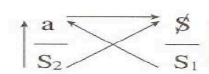
Discurso del amo



Discurso histérico



Discurso universitario



Discurso del analista

Por otro lado. Lacan describe a lo que se ha dado por llamar el *Discurso Capitalista* como una *mutación capital*, una mutación del discurso del amo, una modificación de lo que era el amo antiguo al amo moderno. Le da al discurso del amo su estilo capitalista, explicando que lo que se produce es una modificación en el lugar del saber (2012, p.181). En él, el sujeto dividido (\$) es capturado y manipulado por el circuito del consumo, donde el significante Amo (S1) y los saberes (S2) están dirigidos a la producción y adquisición de objetos de deseo (a). El capitalismo funciona asegurando que el sujeto nunca esté satisfecho, perpetuando así la producción y el consumo infinitos y acelerados; dejando de lado la dimensión del deseo, en favor de una satisfacción inmediata y superflua. Desde el psicoanálisis -y puntualmente desde Freud- el deseo es, por estructura, insatisfecho: nunca puede colmarse por completo y es justamente esa falta lo que lo pone en movimiento. El capitalismo, sin embargo, opera creando la ilusión de que tal satisfacción sería posible mediante el consumo, al mismo tiempo que garantiza que nunca se alcance. De este modo, mantiene al sujeto en un circuito interminable de búsqueda y compra, acelerando la producción y el consumo y desplazando la lógica del deseo hacia una supuesta satisfacción inmediata, superficial y siempre efímera.

En el discurso capitalista, el S1 (significante amo) opera sólo, sin articularse con el S2, sin producirse la cadena significante. Esto introduce condiciones de goce sin representar al sujeto, favoreciendo la aparición de malestares característicos de este contexto, o el borramiento del sujeto. El S1 demanda un saber sobre las nuevas necesidades impuestas por el amo, quien continuamente genera nuevas necesidades para perpetuarse, produciendo así nuevos objetos que alienan la producción del sujeto. Este proceso desintegra los lazos sociales al considerar a los sujetos como simples consumidores de la producción y al aproximarlos más con los objetos producidos que con otros sujetos. El discurso capitalista fomenta la relación con los objetos, en lugar de con otros sujetos.

El discurso capitalista carece de límite. En el lugar de la verdad, se posiciona el amo, anteponiendo a la castración el objeto de goce, representado por ejemplo por el objeto tecnológico. El amo moderno encuentra así su poder en la ciencia, la cual niega la existencia del sujeto dividido, del inconsciente, y de diversos aspectos fundamentales (llevando por ejemplo, a la hiper medicalización; a una creciente dependencia de la tecnología, entre otras).

Avancemos ahora en el sentido planteado por Huxley. En *Un mundo feliz* (2004) el autor presenta un futuro distópico donde la sociedad está organizada en un sistema de castas, con individuos creados y modificados genéticamente para cumplir funciones predeterminadas. Desde su gestación, la población está condicionada para aceptar su rol dentro de una jerarquía que va desde los Alpha, la élite intelectual, hasta los Epsilon,

destinados a trabajos manuales. La historia sigue a Bernard Marx y Lenina, quienes visitan una reserva salvaje, donde los habitantes aún viven fuera del control del Estado Mundial. Allí conocen a John, un joven nacido de ciudadanos del sistema pero criado en la reserva, con conocimientos de literatura y pensamiento crítico. Su llegada al Estado Mundial expone las contradicciones de una sociedad aparentemente perfecta, revelando su falta de libertad y humanidad. El Estado Mundial garantiza estabilidad eliminando la diversidad cultural, el arte, la ciencia y la religión, utilizando cuatro mecanismos clave para el control social: 1. Condicionamiento infantil, inculcando valores desde la infancia mediante hipnopedia. 2. Sistema de castas, donde la manipulación genética define el destino de cada individuo. 3. Soma, una droga que suprime el malestar emocional. 4. La eugenesia, método se centra en la creación de humanos a partir de tubos de ensayo para evitar errores, eliminando genes indeseados con el fin de perfeccionar la especie humana, es decir, busca la uniformización del producto humano, diseñados genéticamente.

Entonces, cabe preguntarse ahora cómo es posible sentirse mal en un mundo donde la felicidad es la norma y el precepto. Un mundo donde se podría vivir bajo el efecto de una sustancia que repara cualquier sentimiento de sufrimiento o malestar, y que, a la vez, es extremadamente anestésica y placentera; un mundo donde las relaciones con otros guardan plena e incondicional correspondencia en toda ocasión y aspecto:

Una dictadura perfecta tendría la apariencia de una democracia, pero sería básicamente una prisión sin muros en la que los presos ni siquiera soñarían con escapar. Sería esencialmente un sistema de esclavitud, en el que gracias al consumo y al entretenimiento, los esclavos amarían su servidumbre.(Huxley, 2004, p.170)

Aquí se pone de manifiesto la ambigüedad presente en lo que aparenta ser un régimen de *libertad consensuada* que, sin embargo impone un conjunto de restricciones sobre las decisiones, el cuerpo y las aspiraciones de cada individuo. Es en ese territorio, de todos y de nadie a la vez -el propio sujeto- donde acontecen distintos momentos de quiebre con respecto a la norma establecida que ora: "Este es el secreto de la felicidad y la virtud: amar lo que uno tiene que hacer. Todo condicionamiento tiende a esto: a lograr que la gente ame su inevitable destino social" (2004, p.16).

Se plantea así otro interrogante: ¿Este tipo de sociedad permite la realización de las diferentes formas de discurso, en tanto modos de lazo social? La lectura que se puede hacer es que predomina una forma de discurso capitalista, entendido como un falso discurso, que a diferencia de los otros discursos, no permite ni promueve el lazo entre sujetos. Por el contrario, lo impide, obstaculizando la circulación de los sujetos por

las diferentes formas discursivas. Aquí, el sujeto se posiciona en el lugar de la verdad, creyendo saber qué es lo que le falta y suponiendo que es posible llenar ese vacío (lo que permitiría otras operaciones, como el desear). Es invitado a posicionarse como *amo*. Entonces es válido preguntarse cómo serían posibles las relaciones fundamentales, si en estos sujetos no habría lugar para lo social, para el amor, u otras formas de alianzas, más que como un medio para la autosatisfacción, sostenido en la creencia de que uno o varios objetos remediaran su falta de ser. Bajo esta forma de discurso, las relaciones están caracterizadas por la obtención de una ganancia, se sustrae lo producido a otro (explotación), y la preeminencia es la obtención del beneficio, sin querer perder nada -simbólica y/o materialmente-.

Entre algunos de los efectos y consecuencias palpables de una forma de dominio capitalista que se pueden deducir de la novela, se encuentran: la ilusión de completud, de orden y de poder. Este fenómeno surge tanto de la masa y sus ilusiones como del *condicionamiento* al que están sometidos los personajes del relato ficcional. Los sujetos se encuentran atrapados en el imaginario/especular, todos llamados a actuar conforme a un destino, un mundo imaginario donde no faltaría nada en cada uno de ellos. Algunos son llamados a comportarse como superiores (Alfas y Betas), mientras que otros cumplirán órdenes y actuarán como aquellos seres menos agraciados (Deltas, Gammas y Epsilones).

Se observan además la carencia de identificaciones propuestas (a nivel subjetivo) y sujetos que viven como adolescentes o niños (no se autorizan en decisiones y actos llevados a cabo). Inmersos en indicaciones y distracciones que inundan y bombardean toda posibilidad de cuestionamiento sobre sí mismos o en su vinculación con otros. No hay sujetos que puedan autorizarse en relación con su propio deseo. Las castas, a las que se hace referencia, cuidadosamente diseñadas para mantener el orden social, encierran al sujeto en un imaginario sin posibilidad de cuestionamiento ni cambio. Los individuos aquí están llamados a cumplir un rol preestablecido.

El totalitarismo del goce

Jacques Lacan afirma que el discurso es la estructura que ordena los lazos entre los sujetos. No es comunicación de ideas sino un modo de organizar goce, lugares y posiciones en el lazo social. En *Discurso de Roma*, Lacan sostiene que “el hombre (esta) incluido en ese discurso que desde antes de su venida al mundo determina su papel” (2012, p.166). El sujeto no elige el discurso que lo antecede: nace ya inscrito en una red simbólica que lo ubica y lo determina.

En *Un mundo feliz*, la sociedad funciona bajo esta lógica: antes de nacer, cada sujeto es diseñado, clasificado y destinado a una función dentro del sistema productivo.

La planificación genética y la hipnopedia funcionan como dispositivos que garantizan la inscripción del sujeto en un discurso que lo precede y que lo necesita homogéneo, sin resto. La producción de subjetividad no surge del deseo, sino de la ingeniería social.

Lacan precisa que el sujeto surge dividido por el significante: “el deseo es, propiamente, la pasión del significante, es decir, el efecto del significante en el animal al que marca, y cuya práctica del lenguaje hace surgir un sujeto... un sujeto condenado a sostenerse tan solo de un significante que se repite, es decir, como dividido” (2012, p. 241). En Huxley, esa división subjetiva es anulada: el Estado busca producir individuos sin falta y sin deseo. Lo que Lacan define como causa del deseo en el Otro es aquí absorbido por el sistema, que provee satisfacción inmediata y constante. No hay falta; y sin falta, no hay sujeto.

En esta misma lógica, el orden discursivo que antecede y determina al sujeto no solo organiza posiciones simbólicas, sino que también articula saber, producción y modalidades de goce. En *Alocución sobre la enseñanza*, Lacan diferencia los discursos según la posición del saber, del sujeto y del objeto. Allí introduce la relación entre saber, producción y plus-de-gozar, afirmando que “el saber debe en algún punto ser un saber de amo... para hacer su verdad” (2012, p. 321). Cuando el saber se pone al servicio de la producción y de la eficiencia -como en la ciencia aplicada al consumo o a la industria- se constituye un lazo social donde el saber opera para sostener el poder del amo.

Esto se observa en *Un mundo feliz* (2004): la ciencia como soporte de dominación, no como búsqueda de verdad. La tecnología no abre preguntas sino que produce obediencia. Los sujetos no se relacionan entre sí, sino con objetos y satisfacciones prefabricadas. Lacan advierte que cuando el saber se articula con la producción, aparece el plus de goce como motor del vínculo social; “la enseñanza es el saber que... desnaturaliza” (2012, p. 321) y sostiene una producción de objetos de goce.

Esta producción ilimitada del plus de goce coincide con la lógica del discurso capitalista formulada por Lacan en el Seminario 17: un circuito cerrado donde el sujeto consume para tapar la falta. En Huxley, el consumo funciona como mandato moral y cívico. La subjetividad queda subordinada a esa rueda: consumir para no sentir.

Ahora bien, si el discurso capitalista se sostiene en la producción de satisfacciones y en la eliminación de la falta, se vuelve necesario interrogar qué ocurre con el lazo social y con la posibilidad misma de la palabra. Lacan insiste en que un lazo social sólo se constituye cuando hay palabra y diferencia: “la acción de la palabra, en la medida en que el sujeto entiende fundarse en ella, es tal que el emisor, para comunicar su mensaje, debe recibirlo del receptor” (2012, p. 169). En *Un mundo feliz* eso es suprimido: nadie tiene palabra propia, todos repiten slogans hipnopédicos. No hay enunciación, sólo reproducción.

El discurso capitalista -y en Huxley su versión extrema- borra lo singular porque expulsa la falta. Huxley muestra un mundo donde la subjetividad se vuelve prescindible para el funcionamiento del sistema: los sujetos son intercambiables. Lacan afirma: “el hombre cae como resto” (2012, p.242). Ese resto -el objeto que no encaja- es lo que el discurso capitalista intenta eliminar. Bernard Marx o John el Salvaje, personajes presentes en *Un mundo feliz* (2004), representan justamente ese resto que el sistema quiere expulsar.

¿Es posible un acto singular dentro de un discurso que lo captura todo? Para Lacan, sí. El acto analítico consiste en introducir la falta, interrumpiendo el circuito de goce. En *Otros escritos*, Lacan define que el acto puede fundar un nuevo lazo social, el acto de la palabra... funda a los sujetos. Lo singular se pone en juego cuando aparece un sujeto que no se deja absorber por el circuito. En Huxley, esa irrupción aparece con John el Salvaje: introduce el no-todo de la experiencia, la posibilidad de decir *no*.

Esta articulación entre discurso, goce y borramiento de la singularidad no se agota en la ficción distópica, sino que permite abrir una lectura de los modos contemporáneos de subjetivación. La elección de *Un mundo feliz* como texto para pensar la época actual se justifica por la afinidad estructural entre la lógica de goce que sostiene la sociedad distópica creada por Huxley y los modos de goce que predominan hoy. En la novela, la organización social se apoya en la producción de sujetos dóciles, satisfechos y permanentemente desviados de cualquier encuentro con la falta mediante el consumo, la diversión y la farmacología del bienestar. Este régimen coincide con el modo contemporáneo de regulación del goce, donde el imperativo de satisfacción -*disfruta, sé feliz, consume*- opera como mandato superyoico que empuja a tapar la dimensión subjetiva del malestar. Al igual que en la distopía escogida, la velocidad, la inmediatez, la hiperconectividad y la multiplicación de objetos de consumo funcionan como dispositivos que buscan neutralizar la angustia y obturar la pregunta por el deseo.

Desde el psicoanálisis, estos fenómenos pueden leerse como efectos del discurso capitalista, cuyo modo de goce promueve la circulación ilimitada de objetos-mercancía que prometen una completud imposible. La novela muestra de forma anticipada la consecuencia de esta lógica: la pérdida del lazo simbólico, la serialización de los individuos y la sustitución del deseo por un goce anestesiado y estandarizado. En este sentido, *Un mundo feliz* no sólo permite comprender la dinámica contemporánea del goce, sino que evidencia cómo la promesa de bienestar ilimitado puede convertirse en un mecanismo de dominación. Por ello resulta un texto pertinente para interrogar la época y para pensar cómo la subjetividad actual es afectada por discursos que, bajo la apariencia de libertad, instauran nuevas formas de servidumbre al goce.

En este sentido, *Un mundo feliz* no sólo permite comprender la dinámica contemporánea del goce, sino que evidencia cómo la promesa de bienestar ilimitado puede convertirse en un mecanismo de dominación. Tal como plantea Freud en *Más allá del principio de placer* (2008), la experiencia psíquica no se rige únicamente por la búsqueda de placer y la evitación de displacer, pues más allá de este principio emerge una tendencia más radical, que lo lleva a postular la existencia de una pulsión que trabaja en sentido contrario a las pulsiones de vida. Esta pulsión de muerte, descrita como aquella que “tiende a reconducir lo viviente a lo inanimado” (2008, p. 38), introduce una dimensión del funcionamiento psíquico en la que el sujeto puede quedar fijado a modos de satisfacción que no liberan, sino que encadenan, repitiendo una y otra vez el mismo circuito de goce compulsivo. Desde esta perspectiva, el texto de Huxley resulta especialmente pertinente para interrogar la época y para pensar cómo la subjetividad actual es afectada por discursos que, bajo la apariencia de libertad, instauran nuevas formas de servidumbre al goce.

Pensemos: ¿qué consecuencias, efectos y formas de goce obtenemos?, aquí podemos sumirnos en la cuestión de lo totalitario/masificante, la ambigüedad en la dominación o en las diferentes formas de dominación como la tecnocracia, el malestar en un mundo feliz, la explotación de los cuerpos, los modos de goce contemporáneos y la producción de sujetos. Avancemos sobre estos aspectos.

El análisis de *Un mundo feliz* permite observar cómo el discurso que organiza esta sociedad distópica se sostiene en dicotomías -individual/colectivo, alienante/liberador, subjetividad/masificación- que lejos de excluirse se refuerzan mutuamente. En la obra, el totalitarismo se expresa a través de la ambigüedad del discurso capitalista, que por un lado promueve el goce individual mediante el consumo y, por otro, impulsa la pertenencia a una masa homogénea. En este marco, la coacción ideológica y la alienación subjetiva se entrelazan, empujando a los sujetos hacia una búsqueda de satisfacción que, al mismo tiempo, los disuelve en una colectividad que suprime toda diferencia. Esta tensión entre individualismo y homogeneización revela la íntima relación entre alienación y masificación, al tiempo que sugiere que la posibilidad de resistir a la totalización puede surgir precisamente desde esa ambigüedad estructural. Dicha resistencia se encarna en personajes que intentan sostener una forma de ser no completamente determinada por los mandatos colectivos, evidenciando las fisuras del sistema y abriendo paso a un discurso que pluralice el lazo social.

La obra expone así un régimen totalitario que se afianza mediante el borramiento de la subjetividad y la instauración de una identificación masiva. La satisfacción inmediata asociada al consumo funciona como vía hacia la alienación, mientras que la pertenencia a una masa homogénea garantiza la obediencia. En esta tensión entre singularidad y

homogeneización se hace visible la articulación entre alienación y masificación, así como la posibilidad de resistencia encarnada en figuras como Bernard y John, quienes ponen en evidencia los límites y contradicciones del sistema.

Desde el psicoanálisis, Freud subraya que la identificación constituye el mecanismo fundamental para la conformación, cohesión y permanencia de la masa: “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva” (2008, p.99), capaz de surgir de cualquier comunidad significativa (p.101). Sin embargo, advierte también sobre su carácter ambivalente, que puede expresar tanto un deseo de ternura como uno de eliminación del objeto. Esto permite comprender cómo tanto el individuo como la masa reaccionan ante lo diferente o lo extraño. En este sentido, la identificación con la masa puede devenir en un proceso alienante, donde los individuos pierden su singularidad al adoptar un ideal común que refuerza la sumisión al poder.

En *Psicología de las masas y análisis del yo* (2008), Freud retoma a Le Bon y señala que las masas “piden ilusiones” antes que verdad (p. 76), fenómeno central para entender la lógica de *Un mundo feliz*: la ilusión de una felicidad perpetua que mantiene a la población bajo control, suprime la angustia inherente al sujeto dividido y elimina las posibilidades de disenso y diversidad; resultando una masa homogénea identificada con los ideales del discurso dominante. Freud subraya que en la masa desaparecen las inhibiciones y se facilita una entrega abnegada a un ideal (Freud, 2008, pp. 75-76), perpetuando el régimen y produciendo obediencia mediante la renuncia subjetiva: se pertenece a la masa al precio de dejar de ser uno mismo. La identificación masificante no solo antecede al totalitarismo, sino que lo refuerza al alimentar las fantasías e ilusiones que sostienen la psicología de las masas y aseguran la obediencia colectiva.

En esta misma línea, Hannah Arendt explica que los regímenes totalitarios logran su permanencia gracias al respaldo constante de masas conformadas por individuos aislados y atomizados (1998, p.266). Yace aquí una diferencia con Freud, para quien en las masas los individuos permanecen indiferenciados. Ahora bien, retomando a Arendt, los movimientos totalitarios se configuran como organizaciones que demandan una lealtad absoluta, sin límites ni condiciones, incluso antes de alcanzar efectivamente el poder. Cuando dicha estructura no precede al régimen, debe ser creada luego, generando de manera artificial las condiciones que permitan instaurar esa lealtad total como fundamento psicológico de la dominación. Esta fidelidad solo puede sostenerse cuando los individuos han sido despojados de sus lazos sociales primarios y encuentran en el movimiento su único punto de anclaje y pertenencia. Tal lealtad se mantiene precisamente porque está vaciada de contenido concreto, evitando así las oscilaciones y cuestionamientos que surgen naturalmente cuando la fidelidad se apoya en principios definidos (Arendt, 1998, p.267).

En consonancia con Freud, Arendt describe al líder totalitario como un “funcionario de las masas” cuyo poder depende de la representación que encarna para ellas. El control total no se ejerce únicamente mediante la represión estatal o la violencia institucional, sino también desde el interior del sujeto, eliminando toda distancia entre dominador y dominado. Se instala así una forma de dominación en la que “el poder y la voluntad de poder no desempeñan papel alguno” (Arendt, 1998, p.268), ya que el individuo queda absorbido por el funcionamiento mismo del sistema.

El discurso capitalista presenta una ambigüedad estructural: promueve prácticas individualizantes centradas en el goce, el consumo y la satisfacción inmediata, mientras impulsa simultáneamente una pertenencia colectiva homogénea que vacía al sujeto de su singularidad y anula toda diferencia. Esta tensión -entre individualismo extremo y masificación totalitaria- deja poco (o ningún) lugar para lo singular, aunque algunas particularidades puedan adquirir un valor universal, como la búsqueda de felicidad o estabilidad (como describe la ficción literaria). Esa misma ambigüedad puede convertirse tanto en fuente de neurosis como posibilidad de resistencia frente a la totalización, puede alimentar tanto la alienación como la posibilidad de resistencia, abriendo un espacio para la libertad en aquello sintomático.

Freud ya advertía que la vida social, el trabajo cultural y el gobierno de las masas requieren de la conducción por parte de una minoría para su funcionamiento; sin un lazo simbólico con el Otro, los sujetos quedan presos de identificaciones alienantes que sustituyen el pensamiento crítico por ilusiones que alivian el malestar. En *Psicología de las masas*, Freud describe cómo la búsqueda de satisfacción inmediata domina a las masas y cómo el lazo social exige un discurso que restablezca un vínculo con el Otro y habilite la singularidad. Arendt coincide en que la dominación totalitaria suprime la libre iniciativa, reemplaza la creatividad por obediencia y prioriza la lealtad por sobre la capacidad intelectual (1974, pp. 278, 342). Frente a ello, sólo el discurso -como lazo social- puede abrir un espacio para la diferencia, restablecer el vínculo con el Otro y abrir espacio a la interpretación de la singularidad.

Esta lógica (de dominación) se vuelve especialmente visible en la tecnocracia, expresión contemporánea de un totalitarismo más sutil y eficaz. El control ya no opera mediante represión directa, sino mediante la gestión técnica del goce, la programación de los deseos y los modos de satisfacción conforme a criterios de eficiencia y rendimiento. No se reprime el deseo, se lo orienta y canaliza hacia formas estandarizadas, anulando la posibilidad de expresión subjetiva y de cuestionamiento. El poder no se distribuye y sostiene por el mercado, sino mediante saberes objetivos y el manejo de datos que maximizan la eficiencia y el orden integrando pasivamente a los sujetos en un sistema que neutraliza cualquier deseo irregular. El capitalismo deviene un totalitarismo funcional,

sostenido por dichos saberes que organizan la conducta colectiva. De este modo, la sociedad deviene una maquinaria de producción y consumo, que suprime la singularidad e integra pasivamente a los sujetos en un sistema que elimina la diferencia.

El imperativo de gozar oculta la falta y aparenta eliminar el malestar, pero al costo de empobrecer la subjetividad. En el ciclo repetitivo del consumo, el sujeto queda atrapado y alienado en una ambición sin límite que jamás alcanza la completud; sin tiempo para preguntarse quién es, qué desea realmente, y que le está ofreciendo el sistema. El sujeto capitalista pierde así la posibilidad de ser deseante, para volverse ambicioso e insaciable, atrapado en la acumulación de bienes y experiencias, pero siempre frustrado en su intento de completud. Bajo la apariencia de progreso, la tecnocracia despliega un control total, anulando el deseo, clausurando la falta y eliminando cualquier espacio para la resistencia simbólica.

Sin embargo, es justamente en la ambigüedad donde puede abrirse una fisura, donde el discurso puede operar como una vía de escape. En *Un mundo feliz* Bernard y John encarnan esta resistencia: Bernard expresa su deseo de no ser “solo una célula del cuerpo social” (2004, p.69) y John, desde su exterioridad (al no integrarse en dicha sociedad), evidencia las grietas de un sistema que pretende ser perfecto, y pone en evidencia el carácter opresivo del mismo. La afirmación de Lenina, otro de sus personajes -“Cuando el individuo siente, la comunidad se resiente” (2004, p. 72)- resume la tensión entre singularidad y estabilidad colectiva, ya que la existencia de un sujeto que piensa y siente, amenaza el equilibrio ilusorio del sistema. La posición marginal de John expone aquello que la sociedad busca expulsar: el cuestionamiento del orden, y revela la falacia de la promesa totalitaria de felicidad universal.

En consonancia con esta lectura, Miller y Brodsky sostienen que la idea de una sociedad completamente homogénea es ilusoria. La sociedad está atravesada por una pluralidad de lazos que impiden la consolidación de “lo Uno” (2023, p. 44). Esta pluralidad introduce diversas interpretaciones posibles y habilita espacios de libertad subjetiva, desafiando la lógica masificante (del discurso capitalista). El concepto de lazo social pluraliza lo que se presenta como totalidad, y permite introducir e interpretar la singularidad. Como señalan dichos autores: “cuanto menos lazo social exista y más prevalezca el goce del Uno, tanto más imprescindible es el discurso...” (2023, p. 69). Así, aunque la sociedad funcione como ficción estructurante, es el discurso, en su función de lazo lo que permite vislumbrar una salida. Si el totalitarismo del goce clausura lo singular, es el discurso -como lazo social- el que permite su reaparición.

En suma, el régimen totalitario descrito por Huxley se sostiene en la ambigüedad del discurso capitalista, que articula goce individual e integración masiva. Pero es en esa misma ambigüedad donde surge la posibilidad de resistencia y ruptura: allí donde el

sistema intenta clausurar el lazo, puede emerger una palabra singular capaz de desbordar su lógica totalizante.

Nos acercamos ahora a la idea de malestar. La interpretación de una sociedad feliz sostenida en prácticas hedonistas resulta ilusoria cuando la insatisfacción reaparece como parte estructural de la existencia. La búsqueda de una satisfacción pulsional plena -promesa de dicha- choca con los límites de la realidad, tal como advierte Freud: la satisfacción puede ser “causa de grave sufrimiento cuando el mundo exterior nos deja en la indigencia, cuando nos rehúsa la saciedad de nuestras necesidades” (2009, p. 78).

En *El malestar en la cultura*, Freud (2009) señala que la vida es difícil de soportar y que la cultura misma impone padecimientos: “La cultura... le impone ciertas privaciones, y otra cuota de padecimiento le es deparada por los demás hombres” (p.16). De allí que el ser humano recurra a “calmantes”: distracciones, satisfacciones sustitutivas y sustancias embriagadoras que lo vuelvan “insensible” al sufrimiento (2009, p.75).

Esta lógica encuentra un correlato directo en la sociedad distópica de Huxley, el soma funciona como calmante estatal que embellece la realidad y garantiza una felicidad artificial. La droga opera como distracción y como barrera frente al malestar, transformando la percepción del individuo: “Despertaba... transformado y embellecido por el soma... con su sonrisa descolorida de dicha infantil” (Huxley, p.133). Frente a cualquier desborde pulsional, el soma actúa como neutralizador automático.

La novela muestra cómo esta sustancia es clave (o una herramienta) para sostener el orden social: una segunda dosis levanta “un muro impenetrable entre el mundo real y sus mentes” (Huxley, pp. 60-61), mientras que en situaciones de conflicto agentes del Estado la utilizan como dispositivo represivo.

En este punto, resulta pertinente la lectura de Baudrillard: el consumo -incluyendo el consumo de sustancias, objetos o signos- se sostiene en una lógica de creencia donde la ilusión prevalece sobre la verdad. Para el autor, el sistema captura los deseos reales mediante signos todopoderosos que sustituyen la experiencia concreta por una promesa imaginaria (Baudrillard, 2009). Esta “fe en los signos” permite comprender por qué una sociedad como la de *Un mundo feliz* puede sostener su felicidad artificial: lo que se consume no es un objeto, sino la ilusión que lo envuelve.

Freud y Huxley coinciden en señalar que las sustancias embriagadoras permiten soportar el peso de la vida, aunque en el relato de Huxley ese recurso se convierte en un instrumento político de control. El soma expresa así un modo de habitar y hablar un *mundo feliz*, donde el malestar es sofocado mediante satisfacciones químicas que sustituyen al conflicto, al deseo y al lazo con la realidad.

Queda entonces la pregunta abierta: ¿es posible sustituir ese goce de la sustancia (en el cuerpo) por un goce de la palabra que permita otro modo de tramitar el malestar? ¿Cómo se relaciona la cuestión del cuerpo con la explotación del mismo?

En *Un mundo feliz* (2004), la explotación de los cuerpos se articula con el condicionamiento social que asigna a cada sujeto una función específica. El control abarca no solo la productividad, sino también la sexualidad y la intimidad, reduciendo al sujeto a objeto del Otro -el Estado- y entrelazando desde la infancia, sexualidad y adoctrinamiento.

Aquí la sexualidad no está reprimida, sino hiperestimulada y regulada. La promiscuidad es obligatoria y cualquier lazo duradero es visto como amenaza al orden social, bajo la norma de que “todo el mundo pertenece a todo el mundo” (2004, p. 36). Al promover una satisfacción constante y homogénea, el Estado establece un circuito de goce predecible que inhibe la emergencia del deseo singular.

En este punto, resulta pertinente la lectura de Baudrillard, quien señala que en la sociedad de consumo el cuerpo deviene un objeto privilegiado, ofrecido a través de signos que orientan sus usos y lo convierten en soporte de una lógica estética y funcional ajena al sujeto (Baudrillard, 2009, p. 231-232). Este desplazamiento permite comprender cómo, en la novela, los cuerpos son administrados como superficies manipulables, ajustadas a las necesidades del sistema y despojadas de subjetividad.

Asimismo, el autor advierte que la llamada liberación del cuerpo en las sociedades modernas no es más que una forma renovada de control: una producción programada de necesidades y de modelos de satisfacción que uniforman los comportamientos (Baudrillard, 2009, p. 234). Este planteo coincide con lo propuesto por Huxley, donde la libertad sexual funciona como dispositivo disciplinario que anula la falta y estabiliza el orden social.

Mientras que en las sociedades tradicionales la represión permitía la manifestación simbólica del deseo inconsciente, en Huxley la eliminación de esa represión anula el espacio del inconsciente: el sujeto queda convertido en objeto pasivo del goce del Otro. La organización social suprime la falta -condición del deseo según Lacan- mediante la disponibilidad permanente de satisfacción, vaciando de sentido el acto de desear.

Así, los cuerpos se vuelven intercambiables y la intimidad deviene espectáculo. El lema “todo el mundo pertenece a todo el mundo” cristaliza esta lógica: sin falta no hay deseo, solo un goce uniforme que desubjetiviza.

Finalmente, esta explotación de los cuerpos dialoga con efectos contemporáneos del discurso capitalista: sujetos productivamente *adultizados* pero infantilizados en su capacidad decisoria, intolerantes al malestar y atrapados en un goce inmediato. Cuerpos

disponibles y gobernables, reducidos a objetos funcionales, replican la alienación que Huxley anticipa al mostrar una sociedad que elimina el deseo en su forma más genuina.

Cuando el Otro administra la felicidad (o el mandato de ser feliz)

Desde Lacan, el sujeto se constituye en el campo del Otro, entendido como el conjunto de discursos, normas y significantes que organizan la vida social. Como afirma Sibony: “el Otro es también lo social” (1990, p. 44). En *Un mundo feliz*, ese Otro se encarna en las instituciones del Estado Mundial -el Director de Crianza, el Sistema de Castas, el condicionamiento- que fijan desde el nacimiento el deseo, el lugar social y la identidad de los individuos. La familia, que Lacan define como “grupo primordial en la transmisión de la cultura” y ámbito esencial para la educación afectiva, la lengua y la constitución del carácter (Lacan, 2010, p. 16), es reemplazada por una reproducción artificial que evita cualquier vínculo singular.

La eliminación de los lazos familiares implica la pérdida de los primeros mediadores simbólicos que introducen al niño en la cultura y en la regulación de las pulsiones. Como señala Lacan, la familia protege al sujeto a la vez que lo confronta con sus angustias primordiales, permitiendo la emergencia de una posición subjetiva propia: “El complejo de la familia conyugal crea los logros superiores del carácter [...] y ofrece el recinto más leal para confrontarse con los rigores profundos de su destino” (2010, p. 91). En la distopía, esta experiencia queda sustituida por un condicionamiento técnico que adormece los conflictos y produce sujetos adaptados al sistema.

Este reemplazo del lazo simbólico por mecanismos de producción en serie genera una subjetividad desanclada, desprovista de referencias significantes y reducida a objeto de consumo. La desafiliación implica que ya no existe un mediador que organice el deseo alrededor de una falta; en cambio, el sujeto queda sometido a un goce regulado por el Estado y sostenido por dispositivos de estabilización como el soma. Huxley lo expresa satíricamente al parodiar el discurso freudiano sobre la familia, presentando los vínculos afectivos como origen de “todas las formas de perversión” (Huxley, 2004, p. 33). Pero la obra revela lo contrario: aun sin familia, las pulsiones persisten, solo que son gestionadas por un sistema que convierte su satisfacción en un acto programado.

En este marco, adquiere relevancia la reelaboración lacaniana del superyó. Lacan subraya que el superyó no solo prohíbe, sino que impone un mandato de gozar. En *Un mundo feliz*, este imperativo se manifiesta en la exigencia de felicidad constante, entretenimiento permanente y consumo ilimitado. El goce se vuelve una obligación: cuanto más se obedece, más insatisfacción aparece, reforzando la lógica paradójica del superyó moderno. El soma sostiene esta dinámica, ofreciendo un alivio inmediato que reproduce el ciclo de demanda y dependencia.

La sociedad distópica muestra así un régimen de goce administrado, donde la satisfacción es inmediata y literal, sin espacio para el deseo singular ni para la elaboración simbólica. La falta estructural -condición del deseo- es encubierta mediante satisfacciones prefabricadas. La subjetividad queda achatada, reducida a un engranaje cuya felicidad es el resultado de una ingeniería social que evita todo conflicto.

Este modelo ficcional resulta pertinente para pensar los modos de goce contemporáneos. En la actualidad, los discursos del mercado y la tecnología organizan subjetividades orientadas al rendimiento, la optimización y el bienestar constante. La cultura del *estar bien*, la medicalización de los afectos, el imperativo del éxito y la inmediatez generan un escenario donde, al igual que en la novela, el goce es gestionado como un producto. La lógica del *debes gozar* -propia del discurso capitalista- produce subjetividades crecientemente estandarizadas, cuyo malestar se aborda mediante consumos rápidos, entretenimiento permanente o fármacos que buscan evitar el encuentro con la angustia.

Desde esta perspectiva, la elección de *Un mundo feliz* para interrogar los modos de goce actuales se justifica plenamente. La obra anticipa un orden social donde la regulación técnica sustituye la simbolización, y donde el sujeto queda capturado por un goce obligatorio, homogéneo y sin conflicto. Huxley expone una estructura que, aun en su ficción, permite pensar cómo la sociedad contemporánea tiende a borrar la falta, evitar el malestar y producir una felicidad administrada, a costa de la singularidad subjetiva.

Conclusión

En un mundo donde se ofrece y comercializa un sujeto que no produzca sino que está conducido por el imperativo de goce -en términos del psicoanálisis-, que es efecto de lo que el Otro produce y quiere: un sujeto que (se) consuma, cabe preguntarse cómo abrir otra orientación posible; partiendo de la premisa de que el sujeto en sí mismo es el producto de un lenguaje; ahora bien: ¿cuál es ese lenguaje hoy día? El trabajo presente es un intento de respuesta a dicha pregunta: tal vez un giro hacia un mundo diferente, menos consumible, pero que no permita que el sujeto mismo se consuma. Un mundo no tan feliz, quizás, donde no todo esté destinado al goce.

Este trabajo busca mostrar que el discurso capitalista, sostenido en su alianza con el saber técnico y la producción ilimitada de objetos, configura formas de lazo social que tienden a homogeneizar, estandarizar y reducir la experiencia subjetiva. Las relaciones quedan orientadas por la lógica del consumo, la eficiencia y la satisfacción inmediata, lo que contribuye a obturar la falta y a debilitar la dimensión del deseo. *Un mundo feliz* funciona aquí como un dispositivo privilegiado: una ficción que amplifica los efectos de

esta lógica y exhibe los riesgos políticos y subjetivos de un régimen que administra el goce, neutraliza el malestar y desarma la pregunta por la existencia.

Sin embargo, la novela también permite entrever las fisuras que persisten incluso en los sistemas más totalizantes. Allí donde aparece un resto que no se deja absorber -un gesto, una palabra, un rechazo mínimo- emerge la posibilidad de un sujeto distinto del individuo funcional que la lógica de la época pretende producir. Estas irrupciones muestran que ninguna maquinaria de goce es ni está completamente cerrada y que la singularidad encuentra modos o formas de insistir.

Desde la perspectiva del psicoanálisis, estas fisuras no son un detalle sino el punto de apoyo para pensar la práctica que nos reúne y la época: allí donde el discurso capitalista empuja a la completud, el trabajo con la palabra reintroduce la falta: la palabra que falta, la explicación que falta, la (in)felicidad que falta; e intenta habilitar otros modos de habitar el malestar. Si el sistema tiende a borrar lo singular, es justamente en el campo del lazo -del discurso, del decir- donde puede abrirse un espacio para que un sujeto advenga.

En suma, aunque la presión hacia la uniformidad y la satisfacción continua resulte poderosa, la novela y la teoría permiten recordar que el lazo social no se reduce al consumo y que la subjetividad no queda del todo clausurada. Allí donde una palabra interrumpe el circuito del goce impuesto, se preserva la posibilidad de otro modo de existencia, menos administrado y más propio.

-Lo que ustedes necesitan -prosiguió el Salvaje- es algo *con* lágrimas, para variar. Aquí nada cuesta lo bastante. Atreverse a exponer lo que es mortal e inseguro al azar, la muerte y el peligro, aunque sólo sea por una cáscara de huevo... ¿No hay algo en esto?... ¿No tiene su hechizo el vivir peligrosamente?. (Huxley,2004, p.175).

Referencias bibliográficas

- Arendt, H. (1998) *Los orígenes del totalitarismo*. Ed. Taurus.
- Baudrillard, J. (2009) *La Sociedad de Consumo. Sus mitos - sus estructuras*. Editorial Siglo XXI.
- Brodsky, G. (2023) *Los psicoanalistas y el deseo de enseñar*. Editorial Gramma.
- Freud, S. (2008) *Más allá del principio de placer. Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras (1920- 1922)*. Editorial Amorrortu editores.
- Freud, S. (2009) *El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura y otras obras (1927 - 1931)*. Editorial Amorrortu editores.
- Huxley, A. (2004) *Un mundo feliz*. Editorial Arenal.
- Lacan, J. (2012) *Seminario XVII. El reverso del psicoanálisis (1969 - 1970)*. Editorial Paidós.
- Lacan, J. (2018) *Seminario XX. Aún (1972 - 1973)*. Editorial Paidós.
- Lacan, J. (2010) *La Familia*. Editorial Argonauta.
- Lacan, J. (2012) *Otros Escritos*. Editorial Paidos.
- Miller, A. (2016) *Un esfuerzo de poesía*. Editorial Paidós.
- Mater, O. (13 de marzo de 2006). *Traducción de la Conferencia de Lacan en Milán del 12 de mayo de 1972*. Sitio web El Sigma: <https://www.elsigma.com/historia-viva/traduccion-de-la-conferencia-de-lacan-en-milan-del-12-de-mayo-de-1972/9506>